

Cruzados en la Reconquista

Francisco García Fitz y Feliciano Novoa Portela



Marcial Pons **Historia**

Cruzados en la Reconquista

Francisco García Fitz y Feliciano Novoa Portela



Marcial Pons **Historia**

Cruzados
reconquista

en

laFrancisco García Fitz & Feliciano Novoa
Portela

FRANCISCO GARCÍA FITZ

FELICIANO NOVOA PORTELA

CRUZADOS EN LA RECON- QUISTA

Prólogo de
Miguel Ángel Ladero Quesada

Traducción de
Clara Álvarez Alonso

Marcial Pons Historia
2015

PRÓLOGO

«Reconquista» y «Cruzada» son términos que hacen referencia a situaciones medievales distintas aunque susceptibles de entrar en relación e influirse recíprocamente por diversos motivos y en determinadas circunstancias. El capítulo primero de este libro, en el que se fundamentan todos los otros, se dedica, por lo tanto, a una imprescindible y esclarecedora labor de definición. La idea y la realidad de la Cruzada nace en el Occidente europeo, o Cristiandad latina, a finales del siglo xi por iniciativa pontificia, en el marco de la llamada «reforma gregoriana», e impulsa las peregrinaciones armadas dirigidas desde cualquier punto de la Cristiandad occidental a la conquista de Tierra Santa, en poder de los musulmanes, y a la veneración allí del recuerdo y las huellas de la vida terrenal de Jesucristo; el objetivo primero de la Cruzada es individual por más que haya tenido tantas consecuencias de orden territorial, político y eclesiástico, y que se haya extendido después su aplicación a otros ámbitos que nada tienen que ver con el Levante mediterráneo,

Por su parte, la expresión «Reconquista», que se viene utilizando desde el siglo xix, se refiere a una realidad específica de Hispania, de la España medieval: es el impulso ideológico con el que se justifica la lucha por la recuperación del territorio y la restauración del orden político y eclesiástico peninsular destruido como consecuencia de la conquista árabe-beréber del siglo viii y la formación de al-Andalus. Este impulso se observa ya en el naciente reino de Asturias desde la época de Alfonso II y se consolida y extiende en los siglos siguientes, en especial desde mediados del siglo xi, ante

las nuevas realidades de un al-Andalus dividido y debilitado y de un Occidente europeo en expansión, del que los dirigentes y habitantes de la España cristiana son parte. El objetivo reconquistador es colectivo y, en la lógica de aquellos tiempos, incluye elementos sacralizadores de la guerra contra los infieles, una forma o modelo propio de «Guerra Santa» sobre el que se adaptará el modelo europeo de Cruzada desde el siglo XII.

Una vez aclarados los conceptos y establecidas las diferencias, es también fácil entender por qué, como escriben los autores, «en las fronteras hispánicas se dieron las circunstancias precisas para que los contemporáneos —los “indígenas” y los foráneos— las considerasen como un “frente cruzado”», pero con puntos de vista y actitudes diferentes en muchos casos. Para los dirigentes de la España cristiana, como escribía don Juan Manuel hacia 1330, «ha guerra entre los cristianos et los moros et habrá fasta que hayan cobrado los cristianos las tierras que los moros les tienen forzadas; ca quanto por la ley ni por la secta que ellos tienen, non habrían guerras entre ellos, ca Jesucristo nunca mandó que matasen nin apremiasen a ninguno porque tomase la su ley, ca él no quiere servicio forzado sinon el que se faze de buen talante et de grado». Para los cruzados que venían de otros países, se trataba de intervenir en una «Guerra Santa» y también, si tenía buen término, de obtener provecho económico, pero la de los *Cruzados en la Reconquista* no fue la única forma de presencia europea: muchísimos peregrinos a Santiago de Compostela acudieron al margen de finalidades cruzadísticas bélicas, así como la gran mayoría de los inmigrantes ultrapirenaicos que participaron en la colonización y población peninsulares durante los siglos XI al XIII.

La presencia de cruzados de otras partes de Europa en las guerras de la Reconquista es muy diversa y desigual según regiones y épocas. En realidad, si se puede considerar a muchas de aquellas guerras como cruzadas es porque los papas otorgaron a quienes combatían en ellas o colaboraban a su sostenimiento los mismos beneficios o indulgencias que tenían quienes lo hacían en Tierra

Santa, con independencia de que hubiera o no cruzados extranjeros. Es más, como bien explican los autores, desde el siglo XIII, el pontificado consideró que el asunto competía a los reyes y habitantes de la España cristiana, aunque fusionando, como solía, la idea de Reconquista en la de Cruzada, y ya no estimuló la venida de combatientes de otros países.

La presencia de éstos, sin embargo, tuvo importancia efectiva en muchas ocasiones desde los últimos años del siglo XI. Unas veces procedían directamente de tierras próximas, al norte de los Pirineos, como sucedió durante la conquista del valle medio del Ebro. Otras fueron los interesados apoyos de las repúblicas marítimas italianas de Pisa y Génova, por ejemplo en el primer intento de conquista de las Baleares en 1114 o en la toma de Almería en 1147. El paso de grandes expediciones de cruzados ingleses, alemanes y flamencos hacia Tierra Santa benefició especialmente al nuevo reino de Portugal porque su ayuda facilitó las conquistas de Lisboa (1147), Silves (1188) y Alcácer do Sal (1217), pero también a la naciente Cataluña, por su intervención en la toma de Tortosa (1148). La participación de cruzados europeos en las conquistas de los reyes de Castilla y León fue mucho menor: dejando aparte esporádicas presencias de individuos o pequeños grupos, el único momento en que alcanzó cierto peso fue durante la campaña de Las Navas de Tolosa, en 1212, aunque la mayoría de los ultrapirenaicos se retiró en las semanas previas a la batalla. Una vez terminadas las grandes conquistas, a mediados del siglo XIII, la venida de cruzados europeos se hizo mucho más rara, aunque la frontera de Granada fue siempre un lugar adecuado para que guerreros de otros países vinieran «per fer caballerías», a veces como parte de una formación que incluía ya una especie de *grand tour* o viaje al extranjero y el probar armas contra los infieles en alguna frontera, ya fuera la granadina, ya la prusiana. Y, en fin, hubo pequeños grupos de combatientes en campañas principales: Teba (1330), Algeciras (1342), Antequera (1407-1410) y, por supuesto, en la guerra de conquista que culminó en 1492, pero carecieron de impor-

tancia desde el punto de vista militar aunque se les diera cierto relieve en las crónicas de la época por motivos de propaganda político-religiosa.

Francisco García Fitz y Feliciano Novoa Portela narran con detalle, agilidad de pluma y capacidad analítica estos episodios de las relaciones europeas que contribuyeron a la identidad de la España medieval. Es la primera vez que el asunto se considera globalmente, con apoyo en todo tipo de fuentes cronísticas y documentales y en estudios anteriores. Los autores atienden tanto al relato como a la interpretación, por lo que el libro está llamado a convertirse en referencia obligada durante mucho tiempo. Y responden también a otra pregunta de importancia al tratar sobre «la imagen de los cruzados» que ofrecen las crónicas hispánicas: pocas veces es positiva porque resalta en ella su condición de «otros» ajenos a las realidades sociales y a las formas de relación con los musulmanes propias del país. Rapaces a menudo, incapaces de entender y respetar pactos y costumbres propias de la guerra y la tregua, indisciplinados y cobardes a veces, soberbios e ignorantes otras porque «no eran sabedores de la guerra de los moros», lo que dio lugar a catástrofes como la del escocés sir James Douglas en 1330, que murió con todos los suyos al caer en la clásica trampa del *tornafuye* tendida por los granadinos. En suma, «gientes que non entendíamos», como escribe un analista toledano del siglo XIII. Demasiado negativo pero, tal vez, concluyen los autores, «la única cuestión que no cambió fue su incapacidad de entender lo que realmente sucedía en la Península, de comprender los argumentos y los deseos de los que aquí habitaban y de conocer la diferencia entre vivir en la retaguardia y vivir en la frontera».

Tal vez nosotros podamos entenderlo mejor gracias a libros tan excelentes como el que tengo el honor de prologar.

Miguel Ángel LADERO QUESADA
Madrid, abril de 2014

INTRODUCCIÓN

Fernando del Pulgar, tras repasar la biografía de una veintena de *Claros Varones de Castilla*, de los cuales sistemáticamente había subrayado su dedicación a las armas, sus esfuerzos en las guerras contra cristianos y musulmanes, sus valores caballerescos y sus habilidades militares, se dirigía a la Reina Católica para destacarle cómo aquellos caballeros, junto a otros muchos hidalgos y nobles naturales suyos, habían combatido a los infieles, gracias a lo cual «guerreando a España la ganaron del poder de los enemigos». Con fortaleza y diligencia, con justicia y clemencia, recibiendo el amor de los suyos y siendo el terror de los extraños, «governaron huestes, ordenaron batallas, vencieron los enemigos, ganaron tierras ajenas y defendieron las suyas», y ello a pesar de que «los moros son ombres belicosos, astutos y muy engañosos en las artes de la guerra, y varones robustos y crueles» y de que «poseen tierra de grandes y altas montañas y de logares tanto ásperos y fraguosos que la disposición de la misma tierra es la mayor parte de su defensa».

Necesariamente el autor, que había declarado estar movido por el amor a su tierra a la hora de elaborar su obra, tenía que poner un particular empeño en destacar las «hazañas y notables fechos» de los castellanos, cuya excelencia quedaba a la altura o por encima de los héroes romanos, griegos y franceses. Pero, además, le interesaba mucho subrayar, y así se lo hacía saber a la reina Isabel, que todos aquellos logros obtenidos en la guerra contra los musulmanes los habían conseguido ellos solos, por sus propios y exclusivos méritos, sin el concurso de combatientes de procedencia

foránea: «Vi también guerras en Castilla y durar algunos tiempos pero no vi que viniesen a ella guerreros de otras partes». Su presencia no hacía falta alguna: llegar de fuera a combatir a estas tierras era como llevar hierro a Vizcaya. Los extranjeros eran conscientes de ello: carecía de sentido venir a mostrar su valentía a un lugar «do saben que ay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones de ella que la suya será poco estimada»¹.

El juicio del secretario y cronista de los Reyes Católicos puede entenderse en el marco de una obra concebida para ensalzar lo propio, lo castellano, por cuanto tales aspiraciones suelen conllevar el rebajamiento de lo ajeno, pero no puede negarse que distorsionaba una realidad que, seguramente, conocía: con mayor o menor intensidad según el momento, tanto en la época de Isabel y de Fernando, como en los tiempos de sus predecesores, desde hacía cuatrocientos años, miles de guerreros no hispánicos venían haciendo acto de presencia en las fronteras peninsulares y sumando sus esfuerzos a los realizados por portugueses, leoneses, castellanos, aragoneses y catalanes en su particular lucha contra los musulmanes de al-Andalus.

El fenómeno no ha escapado del interés de los especialistas, que han analizado con mucha solvencia la presencia de cruzados europeos en determinadas operaciones militares llevadas a cabo en el escenario ibérico: los estudios que han indagado sobre su participación en las conquistas de Barbastro, Zaragoza, Lisboa, Almería, Tortosa, Silves, Alcáçer do Sal, Algeciras y Granada, en la batalla de Las Navas de Tolosa o el papel desarrollado por grupos de alguna procedencia concreta dan cuenta del interés historiográfico que ha suscitado esta cuestión².

Sin embargo, creemos que se echa en falta una visión específica, de conjunto y con vocación de síntesis, que permita tener una perspectiva global de aquellas intervenciones, que de cuenta actualizada de las mismas, de su tipología, de sus contextos, de sus desarrollos, de sus protagonistas y de sus consecuencias, que valore su evolución a lo largo de cuatro siglos, su grado de trascen-

dencia en cada momento y el modo en que su aportación fue percibida por los contemporáneos. Tales son los objetivos que pretende alcanzar esta monografía.

Quienes desde la Europa continental, desde las Islas Británicas, desde la Península Escandinava o desde la Itálica protagonizaron este viaje armado a las fronteras hispánicas lo hicieron bendecidos por los papas, justificados, legitimados y movilizados al amparo de un proyecto pontificio y universal, el representado por la idea de Cruzada. Pero llegaban a un ámbito donde se venía desarrollado una ideología de la guerra contra el Islam autóctona y particularista, que podemos categorizar bajo el concepto de Reconquista, cuyos trazos, aunque presentaban indudables similitudes con los cruzadistas, no siempre encajaban en ellos. Ha resultado necesario, pues, aclarar el significado de ambas nociones, explicarlas y confrontarlas, puesto que con ellas se pretendía dar un sentido a las actuaciones de unos y otros. A ello hemos dedicado el capítulo I de esta obra.

Un lector riguroso podría esperar que una monografía dedicada a analizar la presencia de cruzados europeos en la Península Ibérica arrancase su análisis a partir de la predicación de la Primera Cruzada. En términos estrictos, podría argumentarse, no puede haber cruzados antes de la Primera Cruzada. El problema, como tendremos ocasión de explicar más adelante, es que no todos los autores admiten que el llamamiento papal de 1095 supusiera una radical novedad respecto a la concepción eclesial de la guerra imperante en las décadas anteriores y, desde luego, no cabe duda de que cuando alguien gritó «Deus lo vult» en el Concilio de Clermont, la Península Ibérica ya era, desde tiempo atrás y para muchos guerreros europeos, un escenario privilegiado donde combatir al infiel. De ahí la necesidad de que nuestro estudio arranque, en el capítulo II, mucho antes de la Primera Cruzada.

Una vez que se produjo la gran peregrinación armada a Jerusalén, dando continuidad a la atracción que desde antes habían sentido los guerreros europeos por combatir al sur de los Pirineos, el

fenómeno no hizo sino acrecentarse: después de todo, luchar en Hispania significaba defender y ampliar las fronteras occidentales de la Cristiandad, y al mismo tiempo contribuía también a la empresa reconquistadora «local» encabezada por los monarcas ibéricos.

Dependiendo de cada operación en particular y de los contextos concretos en que se desarrollaron, sus aportaciones fueron ciertamente muy desiguales, pero parece evidente que su influencia sobre el balance militar del enfrentamiento entre cristianos y musulmanes en la Península fue mucho mayor entre 1095 y 1217, esto es, en la etapa comprendida entre la Primera y la Quinta Cruzada, que en épocas posteriores. Sin duda a ello no es ajeno el dinamismo general del movimiento cruzadista durante aquella docena de décadas y su enfriamiento en los siglos siguientes, pero quizás tampoco haya que perder de vista que el progresivo fortalecimiento de las monarquías hispánicas hizo que las contribuciones foráneas fueran cada vez menos necesarias y, cuando las hubo, menos determinantes en el curso de los acontecimientos.

Como quiera que fuese, la notoriedad de la participación de los cruzados europeos entre finales del siglo XI y las primeras décadas del XIII nos obliga a detenernos en su análisis con mayor detalle. A este respecto, creemos que es necesario indicar, desde un principio, que las expediciones de cruzados europeos que intervinieron en suelo hispano durante este período no respondieron a un único modelo de actuación. Aunque pudiera hacerse una taxonomía más amplia y matizada, al menos hay que reconocer dos tipos de participación foránea: por un lado, debe mencionarse la de aquellos cruzados que se animaron a desplazarse hasta el extremo suroccidental de Europa con el único objetivo de contribuir con su presencia a la guerra que la Cristiandad libraba contra los infieles en la Península. En estos casos, el solar hispano era entendido como un «frente cruzado específico», para el que los pontífices explícitamente otorgaban los mismos privilegios penitenciales y espirituales que los que adornaban a la Cruzada jerosolimitana, los

hacían predicar más allá de los Pirineos y auspiciaban el reclutamiento de contingentes para luchar en tierras hispánicas. Por otro lado, encontraremos a un segundo grupo de cruzados europeos para quienes el conflicto ibérico no constituía sino un «frente circunstancial», en la medida en que su objetivo principal era participar en las cruzadas de Tierra Santa y no en la guerra peninsular. En estos otros casos, los cruzados europeos sólo estaban de paso hacia el Mediterráneo oriental, lo que quiere decir que no se habían puesto en marcha para combatir en el «frente hispano», sino que, debido a las exigencias geográficas de su viaje —la necesidad de bordear las costas de la Península—, se podían encontrar en una posición adecuada para intervenir eventualmente en el escenario militar ibérico y alcanzar por adelantado algunos de los objetivos por los que se habían movilizado, ya fueran éstos de carácter religioso, económico o una mezcla de ambos. Se entiende, pues, que hayamos dedicado a estas materias dos capítulos de la obra, en concreto el III y el IV.

A partir de 1217 y hasta que en 1492 desaparezca el último Estado islámico andalusí, la presencia de cruzados europeos no dejará de hacerse notar, pero es evidente que su peso y visibilidad será mucho menor que durante las décadas precedentes: las aportaciones masivas darán paso a colaboraciones individuales o colectivas de menor entidad, cuya contribución muchas veces parece más testimonial que efectiva. De todas formas, el fenómeno no deja de ser interesante, especialmente porque muestra los cambios experimentados por la sociedad occidental en torno al movimiento cruzado en general, y en particular sobre el conflictivo escenario ibérico. A ello dedicamos el capítulo V de la obra.

Por mucho que los cruzados europeos y los guerreros y dirigentes hispanos colaborasen en una misma empresa, lo cierto es que las relaciones entre ellos nunca fueron fáciles. No cabe duda de que el desconocimiento mutuo, la variedad de tradiciones culturales, pero también la fortaleza de unas identidades específicas que precisamente se iban delimitando gracias a la guerra contra el Is-

lam, contribuían al desencuentro. El desprecio y la desconfianza colorean de manera significativa la imagen que los unos tenían de los otros, y precisamente a estas cuestiones hemos dedicado el último capítulo de esta obra.

CAPÍTULO I

RECONQUISTA VS CRUZADA

«Reconquista» y «Cruzada» son, probablemente, dos de los conceptos más acaloradamente debatidos en la historiografía desde el siglo XIX, tanto en lo que se refiere a su definición y significado, como considerando los estrechos vínculos que los relacionan. De tal manera ha sido así que, desde hace algún tiempo, existe la impresión de que vivimos en lo que un historiador ha descrito como el «inequívoco cansancio que producen los caminos transitados»¹. Las razones habría que buscarlas, en buena medida, en la falta de nuevos materiales documentales, lo que ha ido provocando una continua repetición de esquemas e impedido la aparición de nuevas hipótesis (salvo raras excepciones). Nos encontramos, por otra parte, con una evidente contaminación de los dos conceptos, sobre todo el de «Reconquista», como consecuencia de batallas (ideológicas y de las otras) que guardan poca o ninguna relación con lo sucedido en la época medieval, pero que sirven como espejos deformantes para los tiempos actuales, dando la razón a Heidegger cuando afirmaba que la historiografía es «la ciencia que explora y administra el pasado a beneficio del presente»². Un ejemplo de lo dicho por el controvertido filósofo alemán lo constituye la utilización del término «Reconquista» en una famosa y manoseada conferencia impartida por José María Aznar en la Universidad americana de Georgetown, en septiembre de 2004. En ella, el expresidente afirmaba que el problema de España con al-Qaeda y el terrorismo islámico no había empezado en Irak durante su mandato, sino que venía de lejos, de la invasión «de los

moros» en el siglo VIII, cuando España rechazó ser una pieza más del islamismo y comenzó una larga lucha para recobrar su identidad cristiana.

Aun así, y pese a la dificultad para ser original, el objetivo principal de este libro —el estudio de la presencia de los cruzados en la Reconquista— exige que presentemos un estado de la cuestión que, por supuesto, ni es ni pretende ser exhaustivo, pero que al menos creemos que nos permitirá enmarcar conceptualmente la historia de los cruzados en la Península y, tal vez, ofrecer algunas reflexiones y consideraciones que contribuyan a animar el debate³.

La Cruzada

Recientemente se ha traducido al castellano la magnífica síntesis sobre las cruzadas del historiador inglés Riley-Smith⁴. Se inicia esta edición con la incorporación de los prólogos de las cuatro anteriores ediciones, cuya lectura, además de informarnos sobre la evolución que ha ido experimentando la opinión del autor, pone de manifiesto la dificultad de los especialistas para aceptar una única definición de Cruzada. Giles Constable observaba, a principios de la década pasada, que si bien la mayoría de las posturas existentes coinciden en considerar como punto de partida y motor de la Cruzada el espíritu religioso, aunque éste no fuera el único, todas ellas discrepan de forma notoria sobre su origen, móviles, elementos que la caracterizan, el mayor o menor protagonismo de cada uno de estos...⁵, lo que ha hecho imposible, hasta el día de hoy, aceptar una definición «inequívoca y lúcida» del concepto de «Cruzada», como pedía Hans Eberhard Mayer en los años sesenta⁶.

Así las cosas, y a pesar de las disparidades de criterios y puntos de vista, los especialistas han podido agrupar las diversas posturas en, al menos, dos grandes corrientes de interpretación. A este respecto y por resumir tan compleja cuestión, cabría distinguir, ha-